

## **LA PAREJA PROTAGONISTA EN LA NUEVA NOVELA POLICÍACA DE ALICIA GIMÉNEZ BARTLETT Y LORENZO SILVA**

**Encina Isabel López Martínez**  
*Universidad de Murcia*  
encinailopezmartinez@gmail.com

*RESUMEN: La novela policiaca en España vive hoy una etapa de auge y expansión. Escritores como Alicia Giménez Bartlett o Lorenzo Silva incorporarán importantes novedades al género, que supondrán su renovación y adecuación a la realidad actual de nuestro país. Estas innovaciones son, fundamentalmente, tres. La primera es la colocación del detective en un cuerpo de seguridad oficial. La segunda será la mayor atención dada a la vida privada y personal del policía como ser humano. La última, y que aquí se analiza, es la presencia de un personaje coprotagonista, una pareja laboral que compartirá protagonismo con el detective principal a lo largo de toda la serie.*

*PALABRAS CLAVE: género policiaco, literatura siglo XXI, crimen, detective, narrativa española, novela negra.*

## **THE PROTAGONIST PARTNER IN THE NEW POLICE NOVEL OF ALICIA GIMÉNEZ BARTLETT AND LORENZO SILVA**

*ABSTRACT: The police novel in Spain is experiencing a boom and expansion nowadays. Writers such as Alicia Giménez Bartlett or Lorenzo Silva will incorporate important novelties to the genre, which will mean renewal and adaptation to the current reality of our country. These innovations are, fundamentally, three. The modern police genre is based on three fundamental concepts. The first is the main protagonist belongs to the public security forces. The second is the importance of the private lives of the detectives. The last one, and analyzed here, is the emergence of the detective's work-partner as a co-protagonist in all the novels.*

*KEYWORDS: Police genre, 21st century literature, crime, detective, Spanish narrative, Black novel.*

## LE COUPLE PROTAGONISTE DE LA NOUVELLE ROMAN POLICIER D'ALICIA GIMÉNEZ BARTLETT ET LORENZO SILVA

*RÉSUMÉ : Le roman policier espagnol connaît actuellement une phase d'expansion. Des écrivains comme Alicia Giménez Bartlett ou Lorenzo Silva intégreront d'importantes nouveautés au genre, ce qui impliquera un renouveau et une adaptation à la réalité actuelle de notre pays. Ces innovations sont, fondamentalement, trois. Le premier est le placement du détective dans un organe de sécurité officiel. La seconde sera la plus grande attention accordée à la vie privée et personnelle de la police en tant qu'être humain. Le dernier, analysé ici, est la présence d'un personnage principal, un couple de travailleurs, qui partagera les projecteurs avec le détective principal tout au long de la série.*

*MOTS CLÉS : Roman policier, Littérature du 21ème siècle, crime, détective, Narration espagnol, Roman noir.*

Recibido: 11/01/2020. Aceptado: 08/05/2020

### 1. Introducción

Actualmente el género policíaco vive en España un momento de esplendor y auge. En estas primeras décadas de siglo la novela negra se ha posicionado como una de las más vendidas, premiadas y consumidas en nuestro panorama literario. Hoy en día son cada vez más los escritores que se suman a esta tendencia expansiva y renovadora de un tipo de narración hasta entonces no demasiado atendido y, con frecuencia, menospreciado. Las causas que justifican este rebrote son varias, pero sin duda destaca la capacidad de ciertos escritores de haber renovado la fórmula, de haber modernizado unos temas y unos personajes algo obsoletos y desacompañados, de haber encontrado un camino más corto para acercar al lector historias actuales, empapadas de crítica social y de realismo, afines a sus circunstancias y en un marco sociohistórico similar al del siglo XXI.

Entre estas novedades narrativas y argumentales (estructuralmente apenas se voltea la fórmula clásica, preceptiva del género) preponderan tres ejes en torno a los que girará toda la construcción de la novela. En primer lugar, el detective deja de ser un personaje marginal, autónomo e individualista para vestirse con el uniforme de un cuerpo de seguridad oficial (Policía Nacional, Guardia Civil...),

con todo lo que ello conlleva en cuanto a trabajo en equipo, cumplimiento de una ley y unas normas o acceso a equipos y medios. Por otro lado, esa nueva realidad laboral comportará la presencia ineludible de un compañero de faena (y a menudo de experiencias vitales), un coprotagonista que asumirá un papel casi tan relevante como el del detective, dándose un dualismo inexistente hasta la fecha. Por último, se atenderá con mucho más cuidado a la faceta íntima y privada de los personajes, creándose espacios para la vida familiar, los vínculos afectivos, las relaciones sentimentales o el ocio y las aficiones.

Todo este conjunto de características, relacionadas entre sí, comportarán una nueva manera de concebir al detective clásico, trayéndolo a una realidad mucho más próxima y conocida por el lector. Este, que empatiza y se identifica con las vivencias de los personajes, verá en sus aventuras la intriga y la emoción inherente al género, pero con ese aliño novedoso y atractivo. Entre esta nómina de escritores sobresalen los nombres de Alicia Giménez Bartlett, Lorenzo Silva, Dolores Redondo, Teresa Ribás, Domingo Villar o Toni Hill, entre muchos otros. No obstante, los dos primeros ejemplifican en sus series con meridiana claridad lo hasta aquí anunciado. La escritora manchega cuenta, a día de hoy, con diez libros en la serie protagonizada por la inspectora de la Policía Nacional Petra Delicado y por el subinspector Fermín Garzón. Rubén Bevilacqua y Virginia Chamorro, miembros de la Unidad Operativa Central de la Guardia Civil, por otro lado, son los protagonistas de las nueve novelas de Silva.

El análisis de estas dos parejas ficticias alumbrará las características, en lo que al vínculo de los personajes se refiere, de esta nueva novela policíaca en España. El detective es el protagonista absoluto de estas novelas, pero sin lugar a dudas, la personalidad de cada uno de los protagonistas cobra verdadera trascendencia y significado en la relación que entre ellos se establece. Cada uno presenta una idiosincrasia y un perfil psicológico determinado, un carácter y unas maneras que ya de por sí lo definen como personaje literario, pero será en la complementación y en la contraposición del conjunto donde verdaderamente se exprima en su totalidad la magnitud de su carisma.

La construcción de la nueva novela policíaca basada en una pareja nuclear precisa importantes novedades con respecto a la tradición anterior. En sus orígenes, el detective se definía como un ser solitario, debido a su causa y a sus motivos, garante de una independencia y de una autonomía firme y consolidada, erigida como principal virtud y ventaja para con su objetivo. Si bien se dan casos donde cuenta con ayuda directa (Sherlock Holmes y el doctor Watson, por ejemplo), este apoyo actúa habitualmente desde un acotado segundo plano. Su

cometido consiste en apuntalar, fortalecer y respaldar al absoluto protagonista, quedando su evolución como personaje supeditada al proceso de este, sin dar lugar a recorrer un camino propio.

En la novela policíaca moderna esta aureola de hombre superior que envuelve al investigador se atenúa hasta la práctica desaparición. En el pretendido “superrealismo” de estas producciones este es un hombre (o una mujer) normal, cuya única diferencia respecto al resto de mortales es trabajar como policía, pero sin que esto implique una capacidad, un atributo o una potestad fuera del alcance del resto. En esta ambicionada normalización cabe asumir que el protagonista no será un ser retraído, independiente y que actúa por cuenta propia, sino que responde a un organismo superior, a una jerarquía y a unas leyes, y que vive y convive en sociedad. En este sistema es difícil considerar que un único hombre se adjudique por entero la responsabilidad. El trabajo en equipo se entenderá como prioritario, incuestionable y necesario.

Así, el protagonista dominante y único dejará lugar a un segundo sujeto, un coprotagonista que vivirá con él todas las aventuras, compartirá sus pensamientos e impresiones, tomará riesgos y responsabilidades, será fundamental para la resolución de las investigaciones y un contrapunto necesario para entender la evolución personal y profesional del héroe. Este personaje no se situará como principal por la sencilla razón de que la narración y la visión corresponden a un único individuo –Petra Delicado o Rubén Bevilacqua, en estos casos–, y la construcción de la narración en primera persona impide la inclusión de una segunda voz principal narrativa. No obstante, y aunque domine la palabra de los protagonistas en la historia, la concurrencia de Fermín Garzón y de Virginia Chamorro es absolutamente primordial para comprender el cariz de este tipo de novelas.

De este modo, la progresión de la serie quedará supeditada a la relación que entre los dos detectives se establezca. Este vínculo abre una nueva línea evolutiva en el relato, que se suma a las definidas personalmente por cada uno de ellos. Encontraremos, por un lado, a personajes individuales que experimentarán un proceso transformador propio, limitado por sus circunstancias vitales y profesionales, por su realidad particular y por el modo de enfrentar y entender las variadas coyunturas que se le vayan presentando. Por el otro, estos caminos se entrelazarán para modelar su nexos como pareja, creando una nueva vía de crecimiento fundamentada en la interacción permanente entre ambos, que tendrá a su vez su propio ritmo y su propio desarrollo. Estos cauces paralelos son evidentemente influyentes entre sí: la evolución del personaje como individuo

afectará a los lazos con su compañero, y las circunstancias que van definiendo, dibujando y puliendo dicha relación harán mella, por otra parte, en la manera peculiar de entender el mundo del individuo.

Este proceso de mutuo influjo conllevará un notable efecto de complementación y transposición entre los protagonistas. Los caracteres de cada uno de ellos, diferenciados desde el principio de la serie, poco a poco y según avanza esta se verán pincelados y matizados con trazos propios del modo de ser del otro personaje. Por tanto, se percibe cómo los contrapuntos de la pareja se van limando hasta sucederse cierta realidad inversa, donde modos intrínsecos de uno comienzan a apreciarse también en el otro.

Esta transformación, vigente en la tradición literaria desde sus orígenes, es fácilmente observable en multitud de ejemplos donde una pareja conforma el corazón del relato. El modelo más elocuente de las letras españolas es, sin duda, el de Don Quijote y Sancho Panza. En la novela de Miguel de Cervantes uno de los grandes méritos de la construcción de sus personajes y de la complejidad que los rodea es, precisamente, la contraposición inicial entre los dos protagonistas. Poco a poco se va reduciendo la distancia hasta darse una asimilación de sus personalidades e, incluso, hacia el final de la segunda entrega, una inversión de las mismas. De este modo, los rasgos que al principio definían a Don Quijote y a Sancho Panza calan respectivamente el uno en el otro, contagiándose cada uno de ellos maneras y formas ajenas, hasta llegar a modificar su conducta y su psicología gracias a esa influencia e intercambio constante. Salvador de Madariaga afirma, al respecto de la obra cervantina, que estos personajes “se van aproximando gradualmente, mutuamente atrayendo, por virtud de una interinfluencia lenta y segura que es, en su inspiración como en su desarrollo, el mayor encanto y el más hondo acierto del libro” (2015: 139).

El propio Lorenzo Silva alude a la irrefutable ascendencia cervantina en la elaboración de sus personajes. Para el escritor madrileño esta inspiración va más allá, no obstante, de la mera caracterización de la pareja, pues toda novela negra, para él, bebe de Cervantes. Precisa, además, que en su caso “Bevilacqua es Don Quijote, y Chamorro, Sancho Panza. Es la dialéctica del idealismo y del pragmatismo” (apud Mora 2010).

Por todo ello, la atención al vínculo de la pareja será vital en el análisis y la comprensión de la nueva novela policíaca, pues hasta este momento, en narraciones del género precedentes, no se concebía la evolución del personaje en virtud de su relación con otro sujeto. Salvando el paradigmático caso de

Holmes y Watson habrá que remontarse a los antecedentes más inmediatos en nuestra literatura para encontrar los primeros ejemplos de este dual liderazgo. No obstante, también con matices.

Plinio contaba con el apoyo inestimable de don Lotario, y tal y como afirman Sánchez Zapatero y Martín Escribá (2010: 296), fueron la primera pareja de detectives autóctonos en nuestro país, creados desde la originalidad y sin recurrir a la copia fácil de modelos extranjeros. Asimismo, estos teóricos recuerdan que antes de los personajes de Francisco García Pavón hicieron su aparición el comisario Jaume Vilagut y el periodista Francesc Caldés, de la mano de Rafael Tasis, protagonistas de tres historias ambientadas en la Barcelona de preguerra. Estos, apenas recordados hoy, inician la andadura de las parejas de detectives en nuestras letras.

No obstante, la relevancia del tándem de García Pavón se postula como principal referente constructivo para las producciones futuras. El hecho, además, de que estos personajes ya desempeñen su labor al amparo de la Policía facilita la concepción y conformación del equipo detectivesco. Tal y como señala Godón Martínez (2005: 19), don Lotario se asevera como contrapunto a Plinio –impaciente, inquisitivo y algo torpe–, resaltando así los rasgos positivos del héroe.

## **2. Petra Delicado y Fermín Garzón, los detectives de Alicia Giménez Bartlett**

En el caso de la serie de Alicia Giménez Bartlett, las identidades de Petra Delicado y de Fermín Garzón determinarán, indudablemente, la idiosincrasia y el talante de su vínculo como pareja detectivesca, en primer lugar, y como amigos y compañeros en lo personal, en segunda instancia. Según Camarasa (2016: 162) el mérito y la importancia de la autora manchega, a este respecto, es doble: por una parte, crea un detective policía, que encima es mujer; y por otra, además, voltea el binomio tradicional Holmes-Watson, situando junto a Petra al castizo Fermín. Para el editor catalán Sherlock es una mujer doblemente divorciada, escasamente refinada y sin superpoderes, pero persistente, trabajadora y tenaz. Watson no es un científico pulcro y cultivado, sino que es un policía de provincias, amante del colesterol y del fútbol en los bares.

En general, la relación entre los dos policías será un reflejo del conjunto de características que los enmarcan como individuos. Prima en ellos el humor

ácido, tizado de ironía e inteligencia, la implicación absoluta en los casos, con afectación en lo personal a menudo, el afán de justicia y defensa de los derechos y libertades, con cierto idealismo y utopismo latente –evocando al prototipo más clásico del héroe–, y la concepción de lo policiaco como modo de vida más allá del mero oficio. La influencia como pareja se verá en el contrapunto que enfrenta la tendencia al pesimismo de Petra con la jovialidad y el positivismo de Garzón, en la preponderancia de la reflexión y de lo intelectual de la inspectora frente a lo pragmático del subinspector, o en el fuerte e intempestivo carácter de ella contra la tranquilidad y la moderación de él.

Atendiendo a los preámbulos de su relación, esta comienza con un evidente choque de caracteres y con un periodo de progresiva adecuación. Se trata de dos personajes adultos, avezados, con cuantiosa experiencia a sus espaldas, acostumbrados a un modo de trabajar y de entender la vida, con unas costumbres distintas y con un pensamiento en ocasiones opuesto. Valga esta apreciación de Petra en los prolegómenos de su trato con Garzón:

Estaba encantada con mi propio estilo castrense. Se acabaron las treguas. Si Garzón era un pingüino que no permitía roturas de hielo a su alrededor, tendría toda la dureza que una mujer es capaz de prodigar en sus cometidos. A mí no me pagaban por llevar guantes blancos (Giménez Bartlett 1996: 26).

El marcado temperamento de cada uno de ellos dificultará esta aproximación inicial, aunque, según avanza esta primera novela, el ineludible contacto y la necesidad de cooperación por el bien de la investigación favorecerá la progresiva desaparición de las asperezas y tiranteces que los separan.

Lo dejé solo, sentado en una butaca con la espalda tiesa, más incómodo que si lo hubieran amarrado a la silla eléctrica en trance fatal. Me hice cargo de que no debía de sentirse muy bien, lo había sacado de su habitación y traído por los pelos a mi casa, donde se producía una mayor sensación de intimidad. Era preciso recordar que hasta ese momento nuestro trato no había sido ni remotamente amistoso (Giménez Bartlett 1996: 55-56).

Poco a poco, las barreras que ambos mantienen erectas y tras las que se parapetan para guardar distancias, mantener la seriedad que se presupone a su labor policial y sostener la fachada de policía intachable, correcto y marcial comienzan a caer. Tras esa imagen rígida y distante que ambos se esfuerzan en aparentar empieza a vislumbrarse la verdadera identidad de cada uno de ellos.

Será, en primera instancia, el humor y la banalización de la realidad lo que mitigue esas distancias.

Este proceso de aproximación y conocimiento se consolidará en esta primera novela, ya que al inicio de la segunda, *Día de perros* (1997), la propia Petra afirma que aun sin ser todavía amigos íntimos, en lo profesional sí estima que el subinspector y ella han alcanzado un considerable nivel de confianza y confraternidad, sustentada en conversaciones de bar y confidencias alrededor de cafés y cervezas. Será a lo largo de esta entrega donde se termine de fraguar también el vínculo personal, pues ya en la tercera, *Mensajeros en la oscuridad* (2000), su amistad está firmemente asentada. Desde ese instante, todas las aventuras posteriores se enriquecerán con escenas donde se despliega esta sólida y perpetuada relación, repercutiendo positivamente en su labor policíaca y permitiendo ahondar en sus vidas privadas a la luz de los momentos compartidos y confiados: “Nos miramos sin nada más que decir. La síntesis de nuestra comunicación era tan habitual y fluida que pronto acabaríamos emitiendo solo sonidos para entendernos, como en el mundo animal” (Giménez Bartlett 2000: 56).

Además de las confesiones habituales que fortalecen y amalgaman su relación, hay ciertas costumbres que se erigen como pilares básicos para el desarrollo de esta. El afán y disfrute de Garzón (y no menos de Petra) por la comida propiciará la unión y el encuentro, ya que serán las cenas y comidas cotidianas en compañía instantes proclives a la intimación. Será, de hecho, en torno a una mesa donde se reafirme su relación de amistad, hacia el final de *Ritos de muerte*: “Le sonreí con simpatía. Ahora ya éramos amigos en gracia del Señor, nos habíamos contado las cosas que realmente importan a todo el mundo: matrimonio, hijos, errores, todo ello vaporizado por una cena succulenta y efluvios de café” (Giménez Bartlett 1996: 117).

También el gusto de ambos por el alcohol potenciará el acercamiento y la inclusión frecuente de escenas regadas con cerveza o whisky. La evasión etílica servirá tanto para celebrar los éxitos como para curar los fracasos y las frustraciones. Este ritual de bares y copas definirá en gran medida su conexión, pues no solo será la llave que abra al inicio de la misma la puerta de la confianza y la desaparición de resquemores o reticencias, sino que será asimismo el lugar común al que recurren para encontrar refugio, consuelo y evasión en el día a día. Amparados por la desinhibición y la locuacidad que otorga el alcohol, Petra y Fermín hallan en estos instantes la ocasión idónea para airear sus fantasmas, compartir sus miedos y confesar su humanidad. La soledad, el amor, las huellas del



pasado, la incertidumbre del futuro, los arañazos del tiempo o las preocupaciones mundanas impregnarán las conversaciones de los policías, enriqueciendo su día a día como detectives.

—Y a usted, ¿le molesta la soledad?

—¿Molestarme? No, usted sabe que soy solitaria por convicción. Pero hay algo tan tonto que... no sé si contárselo siquiera.

—Cuéntemelo, pediremos otro whisky para afrontar el tema.

—Pues... hay algo que nunca he aprendido a hacer. Es más, yo diría que me he negado en redondo a aprenderlo. ¿Sabe, Garzón?, yo no sé colocar los cordones en unos zapatos nuevos (Giménez Bartlett 2000: 127).

A partir del momento en que caen definitivamente los muros y su relación es considerada por ambos de franca amistad, los senderos por los que esta transcurrirá llevarán a Petra y a Fermín a convivir en multitud de situaciones de toda índole y calibre. Su vida profesional quedará ligada desde entonces, determinando que toda experiencia afecte además de a su propia realidad como individuo a su alianza como pareja. Las épocas difíciles, las tensiones, las debilidades, las turbaciones y las caídas serán compartidas. También los éxitos, los aciertos y las condecoraciones. El proceso de la investigación, largo y arduo a menudo, facilitará tiempos para la intimación, para la reflexión y para la conversación. Una vez conformada su amistad y su cooperación policial, entrarán en juego los elementos de la vida privada de cada uno de ellos, convirtiéndose el uno en el confidente del otro, y permitiendo, así, que los múltiples intercambios que realizan versen sobre temas diversos, relativos a lo sentimental, a lo familiar, a lo social o a lo detectivesco, entre otros. De esta manera, el abundante flujo de información, los comportamientos que los perfilan y las situaciones que les atañen irán horadando, poco a poco, en su carácter individual, acrecentando esa corriente de influencia mutua en su manera de ser.

Es elocuente el siguiente ejemplo, extraído de la última novela de la serie, *Mi querido asesino en serie*. Precisamente por ser esta entrega donde más avanzada está la relación entre Petra y Fermín es posible apreciar claramente ese proceso de *petrificación* de Fermín y *ferminización* de Petra. Al inicio de la saga es habitual que Petra represente el papel de personaje malhumorado, cínico, tendente al desánimo y al abatimiento, mientras que será Fermín el contrapunto positivo, proactivo, animador y vitalista. En esta escena se percibe cómo se han tornado los papeles: ante una situación enrevesada el que expresa abiertamente

su descorazonamiento es Fermín, mientras que es, por otra parte, Petra Delicado la que —a su manera— alienta:

—Sí, ustedes están encantados de la vida con las novedades, pero yo cada vez lo veo más crudo. Esto es un lío del carajo del que no sé cómo vamos a salir.

—Tenga fe, subinspector—lo embromé con una sonrisa—. ¿Acaso no ha visto usted las avecillas del campo? Nada les falta, todo se lo proporciona el Señor nuestro Dios.

—¡No sé qué coño tiene que ver las avecillas del campo con todo esto!

—Es usted un malhumorado y un gruñón.

Intenté pellizcarle cariñosamente la barbilla y él se zafó con brusquedad (Giménez Bartlett 2017: 306).

En esta larga y compleja historia de amistad va a sobresalir, con diferencia, el componente humorístico-irónico. Tratándose de personajes contruidos sobre esa concepción caricaturesca de la vida, donde se busca el revés cómico de las situaciones, la crítica ácida y la pretensión de rebajar la dureza de su oficio mediante la ridiculización y la cotidianidad, la mayoría de los diálogos entre Petra y Fermín estarán alineados con esa esgrima verbal sustentada en la comicidad y el sarcasmo.

Esta meritoria y característica tendencia del personaje y de la pareja revelará un interesante contrapunto en el análisis general de la novela policíaca. Se contemplaba hasta entonces esta, en general, como la que centra su argumento en un hecho delictivo o criminal de considerable envergadura, donde la violencia, la injusticia y el horror empapan las páginas. Las novelas de Giménez Bartlett, sin lugar a dudas, hacen incuestionable justicia a la naturaleza de policíacas, ya que en ellas se dan todos esos elementos que permiten definirla como tal. No obstante, frente a esta evidente presencia de la perversión del ser humano en la trama se colocan dos policías de fuerte personalidad, con un potente lado humano, en los que destaca la convicción de una vida en positivo, esperanzadora y alegre. La afabilidad, la capacidad de superar dificultades, el tesón y la energía para enfrentar el mal, la aptitud para voltear la situación más complicada y verle el lado bueno, o el mérito de reírse de sí mismos y de los problemas cotidianos que les coartan imprimirán un carácter novedoso y atractivo —humano— a la nueva novela policíaca.

Todo ello favorece ese equilibrio en la serie, perceptible o sustentado principalmente por el modo de dirigir la búsqueda y seguimiento de pistas, la narración, los diálogos y las reflexiones de sus protagonistas. La escritora ofrece

al lector información cruda sobre el crimen pero también escenas evasivas donde reina lo trivial, la suerte de tener un refugio para combatir la soledad, el calor de un hogar para el frío de la calle, la amistad sólida contra el abandono, el disfrute de los pequeños placeres de la vida en torno a una mesa o una barra de bar, o los sentimientos de amor, amistad, cariño o gratitud.

En definitiva, se expone la percepción de los personajes como seres humanos en contacto con una –en ocasiones– ingrata y dura responsabilidad, pero donde también hay muchos y buenos momentos, que desequilibran la balanza en favor del triunfo del optimismo, de la vida que merece la pena, de la felicidad que se abre camino ante la adversidad. Por ello, es fácil encontrar a lo largo de toda la serie numerosos pasajes y situaciones donde es precisamente este modo de entender la vida de los detectives, y su consecuente relación como equipo policial, lo que dota de esa impronta simpática, amable y socarrona a la narración.

La confianza plena entre Petra y Garzón se observa, por ejemplo, en la libertad que ostentan para comportarse y dirigirse uno al otro sin atender a tabúes, a delicadezas o a formas políticamente correctas. La presunción de la amistad como fondo seguro les permite enseñar su cara más irónica y desinhibida sin temor a herir al compañero, el cual es capaz de voltear la situación recurriendo inteligentemente al humor:

—¿Pasa algo, Petra, se ha cabreado con Coronas, van las cosas mal?

—¿Mal, por qué? ¿Acaso he necesitado nunca alguna buena razón para ser desagradable?

—¡Jamás!, en eso lleva mucha razón. Bueno, pues nada, ya la llamaré después y que no decaiga el desagrado, ¿eh? (Giménez Bartlett 2004: 25).

Asimismo, en la faena del policía son tácitos los riesgos y peligros que corren y que, como tal, Delicado y Garzón tienen asumidos. Aun sin ser lo habitual, tampoco es extraño que en algún caso deban enfrentarse a situaciones donde tengan que recurrir a su astucia y coraje como agentes de la ley. El uso de las armas y la violencia siempre será la última opción, pero no por ello están exentos de sufrir agresiones o ataques, que sin más han de ser repelidos por la fuerza. En estas controversias comunes a una investigación policial aflora, de nuevo, el valor humano de los protagonistas. Ilustra esto el plan para desenmascarar una red de la mafia en Roma (*Nadie quiere saber*), cuyo cebo será la propia Petra –con el consecuente peligro real que lleva consigo–. La preocupación del subinspector, expresada acorde a su manera de ser, encuentra la mordaz respuesta de su jefa, también ejemplo elocuente de su carácter:

—¡Cualquier cosa! ¿Es cualquier cosa un plan en el que usted puede caer abatida de un tiro? Sin poder evitarlo me eché a reír. Garzón me contemplaba con rencor creciente.

—Perdone, Fermín; no es que quiera burlarme de su inquietud, pero eso de “caer abatida” me ha sonado como si yo fuera una corza en una partida de caza.

—Sí, pitorréese todo lo que quiera; eso solo demuestra su inconsciencia.

—En caso de caer abatida, como usted dice, quiero que me incineren aquí, y que usted mismo esparza mis cenizas desde las siete colinas de Roma. Un poco de ceniza desde cada una de las colinas, se entiende. Calcule bien la cantidad, no vaya a quedarse sin restos mortales a mitad de la operación.

—Consigue ser odiosa cuando se lo propone (Giménez Bartlett 2013: 223).

Otro aspecto fundamental, que el lector atisba mediante las impresiones de los dos protagonistas, es el que atañe al reflejo de la sociedad y a su visión del mundo. La necesidad de los detectives de desplazarse por amplios y variados ambientes, de tratar con personajes de toda condición y estatus social, y de aterrizar en múltiples escenarios, faculta que el receptor se empape, asimismo, de toda esa realidad colectiva. Todo este contexto en ocasiones se tiñe de penurias, de crueldad o de decadencia. Son, indudablemente, Petra y Fermín los que trasladan, a través de sus propias percepciones y sensaciones, dicha coyuntura. Como personajes sensibilizados estos no son inmunes a lo que contemplan, por lo que todo lo que se nos narra está subjetivizado, adornado con las emociones propias del individuo.

Garzón siguió comiendo, concentrado en el placer que sentía. Cuando hubo acabado hasta con el último grano de arroz, exclamó:

—Yo no sería fraile ni de coña, inspectora. Solo el pensar que mi deber consistiera en privarme de todas las cosas buenas del mundo me sumiría en un estado de desesperación que me trastornaría por completo.

—Sí, ya me imaginaba que en usted no primaba la parte espiritual.

—A lo mejor ni siquiera tengo esa parte.

—En ese caso también se priva de algunos placeres.

—¿Usted la tiene, Petra?

—Supongo que está adormecida en algún pliegue de mi personalidad, aunque no estoy nada segura de que exista en mí. Y para demostrárselo voy a pedir un pedazo de aquella tarta barroca que estoy viendo en el carrito de postres (Giménez Bartlett 2009: 90).

Siempre dispuestos a encontrar lo cómico en su rutina diaria, los policías no dudan en recurrir a la broma para constatar las circunstancias que les rodean.

El comentario burlesco a menudo recae, o evoca, aspectos de actualidad social o política de nuestro país. El chascarrillo inteligente ofrece una sutil crítica para con el mundo circundante, aludiendo a tópicos, clichés o rasgos típicos de la cultura española, a veces castiza y pícaro. El humor es el arma que los detectives blanden para sobreponerse a esa mediocridad, incidiendo en un análisis punzante y en la velada denuncia a través del apunte ácido y recurrente.

Es común, por otra parte, en la relación entre Delicado y Garzón la reflexión metafísica sobre los motivos y las circunstancias de su unión. Usualmente es Petra, por ser la narradora de la serie, la que rememora sentimientos y situaciones vividas con su subalterno. Esta periódica introspección se repite a lo largo de todas las novelas, atendiendo al avance que se va produciendo en sus vidas privadas y en su desarrollo como amigos y como compañeros. Este discurso permite al lector apreciar el hilo evolutivo de la pareja trenzado a lo largo de la saga, apuntalando con ello el puente identificador que une obra y receptor. Esta característica, propia de la nueva novela policíaca, incide una vez más en la vertiente más personal y humana del detective.

¿Cuántos años llevábamos colaborando el subinspector y yo? Un montón ya, y sin embargo, seguíamos enzarzándonos en refriegas incruentas pero ruidosas. ¡Qué cansancio que todos seamos como somos hasta el final de los días! Uno no se daría cuenta de su propio inmovilismo a no ser que se viera reflejado en el espejo ajeno. Por eso es tan funesto el matrimonio, un testigo a tu lado, permanente e indiscreto. Aunque a pesar de eso, me gustaba trabajar con Garzón; pensar en otro compañero me producía un desasosiego de origen indeterminado. Éramos amigos, nos entendíamos bien en cuestiones de investigación, tolerábamos recíprocamente nuestras manías y compartíamos un parecido sentido del humor. Con menos de la mitad de esas circunstancias, un noventa por ciento de las parejas casadas serían dichas (Giménez Bartlett 2007: 41).

El fortalecimiento de este vínculo y la consolidación de su amistad se basa, sobre todo, en el apoyo mutuo en las circunstancias complicadas y en la capacidad de consuelo, ayuda y comprensión que se brindan sin esperar nada a cambio. Se voltea, de este modo, el paradigma básico de la construcción del protagonista de la novela policíaca. Prevalece, ahora, su humanidad como individuo frente a su rol detectivesco.

No obstante, y aunque prepondere la buena salud de su relación y quede, ante todo, el afecto y la fidelidad probada y demostrada con creces, como seres humanos dan cuenta, asimismo, de fases complicadas e inciertas tanto en sus

vidas privadas como en su actividad de pareja. La siguiente escena de la segunda novela de la serie muestra cómo la relación, aún en ciernes, entre ambos personajes corre peligro de tambalearse precisamente por las características del caso que les encomiendan. Uno de los primeros temas que tratan como pareja es susceptible de levantar ampollas entre ellos: el que atañe a la condición de la mujer en sociedad y al dominio histórico del hombre sobre esta. Petra es una mujer de carácter fuerte y sólidos ideales, que reniega del feminismo aunque abandere su causa; mientras, Garzón, sin ser machista confeso, atesora un abultado pasado donde ha primado una educación más tradicional, patriarcal y algo retrógrada. Así, cuando su segunda misión juntos gira en torno a las reiteradas amputaciones de miembros viriles, aparecen a propósito ciertas tiranteces:

Garzón y yo siempre nos alegrábamos de colaborar en algún caso, pero esta vez yo notaba en él idéntica reticencia a la que sentía en mí. No existía nada especial que pudiera agriar la situación, pero como si de una tormenta aún lejana se tratara, a ambos nos dolía la cicatriz. Sin duda los motivos había que buscarlos en algo simbólico e irracional. ¿Y qué más simbólico queríamos que aquel auténtico artículo freudiano conservado en alcohol? Aquel maldito paquete amenazaba con sacar a pasear nuestros más ocultos fantasmas de la lucha de sexos (Giménez Bartlett 1999: 25).

En suma, todo este muestrario de la alianza de Petra Delicado y Fermín Garzón forjada a lo largo de las diez novelas que componen la saga permite contemplar un amplio mosaico de situaciones que definen y acotan dicho vínculo personal y laboral. Desde unos inicios titubeantes e incómodos hasta una amistad sincera y profunda, el lector comparte con los protagonistas el paso de los años, el crecimiento de su camaradería, el discurrir de sus aventuras, los cambios vitales que afrontan y, en conclusión, todo el proceso que vertebra la evolución de la serie. La personalidad de los detectives se revela continuamente, así como la mutua influencia que ejercen, concretada en ese proceso de *petrificación* y *ferminización*.

### **3. Rubén Bevilacqua y Virginia Chamorro, los detectives de Lorenzo Silva**

También elocuente por ello es, por otra parte, el estudio de la pareja que configuran los guardias civiles Rubén Bevilacqua y Virginia Chamorro. Al igual que en el caso de los policías de Giménez Bartlett, los detectives de Silva amalgaman a su alrededor los elementos que conforman y complementan la serie, siendo la interacción entre ambos el núcleo de la misma.

La novela inicial, *El lejano país de los estanques*, inaugura la colaboración como equipo profesional del entonces sargento y de la recién incorporada guardia. En esta aventura se afrontan los primeros titubeos de la relación entre ambos. Incómodos, lejanos y reacios, cada uno de ellos se ciñe a representar su papel, a mantener las distancias y a atenerse a lo profesional. La frialdad es tangible en sus incipientes diálogos:

Chamorro vestía una ropa bastante sobria, aunque no totalmente inverosímil. También llevaba medias. Antes de llegar a los mostradores de facturación, le ordené:

—Cuando dejemos el equipaje pasas al servicio, te quitas las medias y las echas por el váter.

—¿Cómo?

—Por el váter. Las medias. ¿Has visto a alguien que se vaya de veraneo con medias? Si no pones atención esto va a ser difícil, Chamorro.

—Lo siento (Silva 1998: 33-34).

La primera impresión que Vila tiene de Chamorro es la de una mujer joven, apenas una niña, novata, inexperta e incapaz de adecuar siquiera su atuendo a la altura de la misión. El sargento duda de la desenvoltura que pueda mostrar su compañera, pero es consciente, por otra parte, de que su pragmatismo y profesionalidad deben anteponerse a prejuicios precipitados y quizá equívocos.

—¿Puedo hacer una pregunta, mi sargento?

—Más de una, si te place.

Chamorro eligió las palabras:

—¿Solicitó usted, quiero decir, fue su iniciativa que yo le acompañara para este caso?

—No—contesté, rápido.

—Ya veo.

—No, no ves—la corregí—. Primero: no me gusta ir acompañado. Una manía o lo que quieras. Segundo: ahora que voy viendo cómo está esto, creo que al margen de lo que a mí me apetezca, no es malo que haya una chica en el equipo investigador. Tercero: yo prefería a Salgado, porque al primer golpe tiene más gancho que tú y porque ha trabajado más. Cuarto y último: Pereira quería darte una oportunidad, y si yo llevara su estrella en el hombro habría hecho exactamente lo mismo, porque no tienes por qué dar peor resultado que tu compañera y si no te dejan nunca vas a demostrarlo. Y eso es todo lo que hay que ver al respecto. Podrás acusarme de otra cosa, pero no de que no te lo expuse con franqueza (Silva 1998: 52).

Esta sincera declaración del guardia civil pretende una correcta aunque distante colaboración con Chamorro, en pos del bien de la investigación, y señala su pretensión de limitar esta a lo meramente circunstancial y esporádico. El propio Bevilacqua, años después, celebrará con Virginia el acierto del destino que por aquel entonces sintió como infortunio:

—Y porque nos seguimos soportando, después de diez años. Que ya tiene mérito.

—Y que lo digas. No creí que duraríamos más de diez días, cuando te vi llegar al aeropuerto para coger aquel avión a Mallorca.

—Ya ves, las apariencias engañan.

—Lo que sí vi en seguida es que eras una tía dura. Por el cabreo que te agarraste cuando me metí con tu forma remilgada de vestir.

—Era una cría. Y tú fuiste un cabrón. Lo admites, ¿no?

—Entonces me venías impuesta. Ahora mataría por ti (Silva 2010: 131).

La evolución de la detective será visible en el cambio que experimenta desde esta primera aparición hasta las últimas entregas de la serie. Mientras que la forma de ser de Vila responde –en mayor o menor medida– a una horma estable, a una concepción vital determinada y a una manera de entender el mundo y de desenvolverse en él bastante sólida y afianzada, Chamorro ejemplificará un carácter en formación, una personalidad aún forjándose, un pensamiento y unas ideas aún tibias, casi infantiles, candorosas. Sin ser Bevilacqua en absoluto un personaje estático, su desarrollo se circunscribe con más claridad a las nuevas experiencias que le reporta el paso de los años, pero siempre desde el aprendizaje del viejo batallador, ya curtido y ducho en los avatares de la vida, sin esperar grandes sobresaltos o grandes novedades que tambaleen su solvencia como experimentado viajero.

En cambio, Chamorro aún espera de la vida todo lo que esta le pueda ofrecer, con el nervio del que aguarda lo desconocido, con la ingenuidad del desengaño y con la esperanza del soñador. Estas dos posturas chocan desde los primeros compases de esta primera novela, pero irán poco a poco suavizándose. El paso de los años compartiendo vivencias obligará a la guardia a ir dejando atrás la candidez de la joven con toda una vida y todo un mundo de posibilidades a su alcance, dando lugar a una mujer policía de ideas y vocación clara, independiente, serena y segura. Por otro lado, a un Bevilacqua camino de la reconciliación con su pasado, con sus fantasmas y con sus tropiezos, capaz de aprender a disfrutar de las pequeñas alegrías cotidianas, con la tranquilidad del que poco espera pero



sabe conformarse, consciente de sus muchos errores pero también orgulloso de sus valiosos aciertos.

Así, las peculiaridades de este caso inaugural les llevan a compartir casa y convivencia, a desnudarse en playas nudistas, a desenvolverse en bares de copas o a simular amoríos y ligues. Serán estas circunstancias las que poco a poco limen las asperezas iniciales de su relación, las que revelen el carácter de cada uno de ellos y las que, a base de la necesaria confianza policial, hagan germinar también la personal.

En los primeros diálogos entre ambos es fácilmente observable la distancia obvia que separa al sargento de la inexperta guardia. Bevilacqua se siente en la obligación de aleccionar y guiar a su recién llegada compañera en las lides policiales que les ocupan. Estas escenas dan muestra, por una parte, de la competencia y profesionalidad de Rubén, como guardia avezado y curtido; por otro, de la timidez y la mansedumbre de Virginia:

—Eso es lo que quería saber, hasta qué punto vienes con el terreno comido por lo que te ha dicho el comandante. Me atrevo a darte un consejo, querida, y no por lo que llevo en la hombrera y tú no llevas, sino porque soy más viejo que tú. Procura enterarte bien de lo que quieren tus superiores y mádate por conseguirlo, pero consíguelo como mejor te parezca a ti, y no como les parezca a ellos. El comandate quiere al asesino y se lo vamos a dar. El procedimiento es cosa nuestra, dentro de los límites que nos impongan.

Me pareció que Chamorro se despistaba.

—No pienses cosas raras, mujer. Solo es cuestión de no relajarse y no creer que lo llevamos todo hecho. Es una higiene mental. Las dos o tres veces que he metido la pata hasta la ingle ha sido por confiarme.

—De acuerdo, mi sargento (Silva 1998: 35).

Además de la evidente suficiencia de Chamorro como policía, *El lejano país de los estanques* alumbrará el nacimiento de la amistad más allá de lo profesional que subyacerá desde ese momento en el resto de la serie. Las reticencias iniciales de Vila darán paso a la consideración y a la admiración por su compañera, llegando incluso a despertarle anhelos más allá de lo fraternal. Consciente de lo inadecuado y peligroso de esta incipiente atracción, el sargento se obligará a desterrar pretensiones y ensoñaciones para con ella:

Fuimos a cenar, y eso fue toda la celebración. Aunque me dio la impresión de que Chamorro me habría aceptado una invitación para ir de copas, esta vez de veras, y no por exigencias

del servicio, me abstuve. Por un lado, ya había bebido bastante aquella noche. Por otro, el enanito fanático que a veces se hace notar en el fondo de mi alma, dondequiera que la guarde, consideraba una especie de infamia que me prevalliera de la presumible actitud favorable de Chamorro, tras haberle anunciado el ascenso o su simple posibilidad. Y era una puñeta, lo del fanático, porque sería por el alcohol, pero Chamorro estaba tan guapa como Veronica Lake en la escena de la piscina de Los viajes de Sullivan. No sé si ya he apuntado que a mí me rinde Veronica Lake (Silva 1998: 237).

Desde esta primera aventura y hasta la última de ellas la colaboración entre ambos será incuestionable. Libro tras libro su unión se afianza, se refuerza y se agranda, dando lugar no solo a una buena compenetración en lo laboral sino a una bonita y larga amistad. La buena compaginación de la pareja se basa en una complementación y un entendimiento total, sostenido por la lealtad, la sinceridad y la libertad de actuación. Igual que ocurre en el caso de Petra y Garzón, tampoco esta vez los protagonistas esperaban que su actividad policial diera como resultado este profundo y arraigado afecto. Lejos de cumplirse el vaticinio de un ocasional trabajo constreñido a la cordialidad y la distancia, las investigaciones compartidas se suceden y, con ellas, el fortalecimiento de su vínculo.

Nunca pude llegar a pensar que entre Chamorro y yo fuera posible una camaradería estrecha o una confianza absoluta, porque éramos muy diferentes, porque para alguien como ella resultaba muy difícil relajarse ante mí y porque para un hombre poco moderno y algo burdo como yo soy resulta más que complicado mantener una relación sosegada con una mujer demasiado atractiva. Sobre todo desde que la había visto en aquella playa de la forma en que la había visto. Pero en ese momento, en el que reclamaba, casi exigía, que aquel secreto para ella doloroso fuera guardado con celo, la sentí próxima como jamás antes la había sentido (Silva 1998: 130).

Consecuentemente, tras este progresivo acercamiento saldado con éxito en esta novela, el proceso de intimación se acelerará según se encadenan las aventuras. Ya en la tercera Vila reconoce lo indispensable que le resulta el apoyo de Chamorro, y a partir de entonces no dudará en valorar con frecuencia la presencia de su compañera, asombrándose incluso, a menudo, de haber podido dudar siquiera de ella al conocerla.

Por otra parte, al igual que en la serie de Giménez Bartlett, la lealtad recíproca se apreciará en mayor medida al sumergirse en asuntos relativos a

facetas privadas. Ya comprobada y siendo incuestionable la fiabilidad de su colaboración policial, la relación íntima de los detectives se sedimentará y agrandará en tanto que mayor sea la información que compartan y sobre la que conversen y discurren. Los problemas cotidianos, de mayor o menor gravedad, permitirán verificar de manera recurrente el amparo que representan el uno para el otro. En el modo de comunicar o de expresar las preocupaciones se constata, asimismo, el carácter y la forma de ser de cada uno. En general, nos hallamos ante dos personajes tendentes a la introspección y a la opacidad, renuentes a airear sus problemas a la ligera. A pesar de ello, serán importantes y decisivos los momentos en la serie que faculden al lector conocer las magulladuras, los rescoldos y las memorias de los protagonistas, siempre a través de los diálogos y de las confesiones entre ellos.

Por último, y como resumen de esta probada consistencia de la relación entre los detectives, valga la siguiente reflexión, llevada a cabo por el subteniente en *Donde los escorpiones*. En ella se divisa el proceso, los años poblados de batallas, los silencios y las palabras, los sueños y las derrotas. En definitiva, y tal y como sucedía entre Petra y Fermín, la suerte de contar con un compañero que comienza compartiendo el peso de la labor policial, y que poco a poco asume también la carga personal y cotidiana, día tras día.

Llevábamos ya muchos años como pareja profesional y eran ingentes las horas que habíamos vivido juntos, solos o en compañía de otros, y casi siempre tirados por ahí, lejos de casa. Habíamos hablado mucho y sabíamos mucho el uno del otro, pero a la vez guardábamos reductos de desconocimiento recíproco, como quizá era inevitable, para tolerar y no echar a perder una convivencia que a aquellas alturas era la más larga e intensa que había compartido con ninguna otra persona, excepción hecha de mi madre (Silva 2016: 57).

El punto álgido en la alianza entre los dos protagonistas de Silva tendrá lugar en *Lejos del corazón*. Hasta este momento su relación había transitado apaciblemente en el límite de la amistad pura, limpia y casta, sin permitir que las grietas de sus vidas dejaran pasar un amor a todas luces inoportuno y erróneo. No obstante, en esta novela esa sólida barrera estalla: breve, fugaz y fulgurante. Así describe Bevilacqua el instante en que tiembla y cae a su alrededor el muro que le separaba de su compañera, fundiéndose ambos con anhelo y deseo.

Se hizo un silencio, en el que se sucedieron varios percances mínimos, y sin embargo explosivos. Apuré su copa y al dejarla sobre la mesa se le escapó un mechón del pelo.

Atraído por él, no pude evitar admirar la belleza fatigada de las finas arrugas que nacían de sus párpados. Justo entonces se inclinó, se entreabrió su blusa, asomó el nacimiento de sus pechos, los ojos se me fueron y ella vio cómo se me iban.

—Me apetece dar un paseo—dijo, levantándose—. ¿Quieres?

No estaba en condiciones ni albergaba el menor deseo de negarme, aunque entreví, borrosamente, complicaciones y catástrofes. La seguí y juntos caminamos sin prisa y sin decir nada junto al agua, no sabría precisar por cuánto tiempo. Finalmente se detuvo y me confió:

—Tengo frío.

No entendí, o no quise entender, pero ella quiso que entendiera.

—Que me des un abrazo.

Hice lo que me pedía. Temblaba. Me miró.

—Y ahora, aunque eres mi jefe y ya sé que eso es un mal principio y que vamos a seguir estando solos, dame un beso también (Silva 2018: 292-293).

A pesar de este emotivo encuentro, la pretensión de Bevilacqua es que su relación con Chamorro retorne al lugar donde durante por tantos años ha discurrido: a la seguridad y al acomodo de una valiosa y valorada amistad, lejos de un amor quizá finito, quizá doloroso, quizá destructivo.

Por otra parte, otro ingrediente elemental que apuntalará el nexos entre los guardias civiles, como ya aliñaba el de Petra y Fermín, será el humor. Al final, será la fuerza del conocimiento mutuo lo que produzca momentos de distensión y de evasión, donde la risa sea el refugio y el consuelo a la maldad y al horror con los que deben bregar a diario. La inteligencia y la ocurrencia de los policías generará episodios donde prima la ironía, la costumbre y la naturalidad.

—No me digas que no me merezco algo, qué sé yo, una palmada al menos.

—Luego llamo a Amberes, a mi proveedor de diamantes. ¿Quieres otros pendientes o mejor esta vez un anillo?

—Tendría que beber mucho, para dejarme anillar por alguien como tú. Y ya sabes que soy prácticamente abstemia.

—Vale, pendientes (Silva 2002: 102-103).

Este ejemplo ilustra cómo, aun sumidos en el torbellino de una investigación, los protagonistas no pierden la capacidad de reírse de sí mismos y de enfrentar la situación con ingenio y agudeza. De nuevo el equilibrio se halla en la humanización, en la cercanía, en la honradez cómplice, en el trato incólume y en el poder de aclarar las sombras con la risa y la espontaneidad.

- Si queremos llegar en media hora, tendremos que hacer ruido.
- Cómo te gusta dar la nota.
- No, lo que me gusta es fijarme en las caras de los conductores cuando te ven pasar al volante de un coche policial camuflado. Seguro que por la noche alimentas las fantasías inconfesables de muchos.
- Serás cerdo.
- Siempre puedes ponerte un pasamontañas... (Silva 2010: 217-218).

También, lógicamente, surgen los comentarios –sobre todo en los últimos libros– a colación de su inevitable envejecimiento y de los achaques de los años, excepcional excusa para tratar de revertir ese inexorable proceso atacándose mutuamente. La veteranía de los personajes también se vislumbra en la madurez de su humor. La intención lacerante se asume inofensiva, la impulsividad es atenuada y sosegada por el tiempo, y sus apreciaciones se ven afiladas por una sorna y un ingenio de más tino y precisión.

- A lo mejor aguanto más de lo que te crees.
- Eso dicen todos, pasado el medio siglo.
- Tú estarás ahí antes de lo que piensas, mi sargento primero.
- Y entonces tú ya estarás echando miguitas a las palomas.
- Ni lo sueñes. Antes les echo ácido (Silva 2018: 30).

En cuanto a su idiosincrasia como policía, Chamorro se caracteriza por tener una disciplina militar más férrea y asentada que su jefe, mucho más reacio a formalismos y marcialidades. La educación en la Academia de Guardias de esta, reciente al inicio de la serie, la predispondrá a un comportamiento mucho más acorde a la norma y a la disciplina que el que muestra Bevilacqua, cuyo pensamiento al respecto es más pragmático y funcional.

Normalmente no solíamos llevar aquel coche, y tampoco íbamos de uniforme. Aquella mañana hacíamos una excepción porque se me había ocurrido que convenía darle un aire lo más oficial posible a nuestros primeros movimientos. Cuando le había comunicado mis planes, la tarde anterior, Chamorro se había encogido de hombros y había dicho:

—Ningún problema.

A la mayoría de los que trabajamos regularmente de paisano nos fastidia sobremanera vestimos de verde. Aunque lleves en la cabeza la discreta teresiana (y no el tricornio, tan estruendoso), el uniforme marca la diferencia entre poder aspirar tranquilamente a que

nadie se fije en ti y tener que resignarte a servir de espectáculo por dondequiera que pases. Chamorro, sin embargo, se vestía de guardia siempre que se terciaba y lo hacía además de buena gana. Era con mucha diferencia la más militar de la unidad, y la única cuya uniformidad resultaba siempre irreprochable (Silva 2000: 31-32).

A este respecto, es asimismo reseñable el proceso de adecuación de la guardia a la realidad usual. Sin perder cierta rigidez y la tendencia a acatar lo normativo, según evoluciona en la saga esta marcialidad se irá suavizando. No obstante, se observan reductos del afán de la detective por cumplir íntegramente con su deber, lo que con frecuencia contrasta con el método más laxo de su superior:

—Apaga eso. Nos vamos.

—¿A dónde?

—A dar una vuelta. Hacer turismo. Tomar el aire. Cenar.

—Hay que ser constantes con esto—protestó—, puede entrar en cualquier momento, y más siendo sábado, que es el día que...

—Chamorro, es una orden. Ponte en pie. Y no me repliques. Como tu superior que soy, sé lo que es lo mejor para ti como tú misma no lo sabes: esa es la filosofía militar, que suscribiste al jurar bandera. Además, soy egoísta. No quiero tener la semana que viene un despojo a mi lado. Vamos a despejarnos, ya habrá tiempo de continuar con eso.

—Entendido. Pero lo voy a dejar encendido, por si acaso.

—Ay, Virgi—suspiré—. Ni que tuvieras acciones en la empresa (Silva 2002: 259).

En otro orden de cosas, en la intencionada normalización de la vida de los detectives —propósito compartido por los dos escritores estudiados— abundan las referencias constantes a escenas rutinarias, a actividades del día a día, a situaciones donde priman los hábitos privados frente a los laborales. Al inicio de la serie, los momentos en que los protagonistas coinciden más allá de los que atañen a sus obligaciones como trabajadores son escasos, mas según esta prospera se irá salpicando cada vez más la acción policial con secuencias de calibre más ordinario y personal. Estas inclusiones posibilitan el reflejo directo de la naturalidad en la conducta de los personajes, la libertad de movimiento y de opinión, y el modo de desenvolverse en el mundo más allá de las tareas investigadoras que les circundan.

—Estoy hasta las narices de los cerdos que no vacían el cenicero. En momentos así asomaba el lado arduo de Chamorro: su intransigencia, semejante a la de las estrellas cuyas órbitas

estudiaba por las noches en sus manuales de astronomía. Para cultivar esa pasión oculta había llegado a matricularse en la universidad a distancia. A veces me quedaba observándola y me preguntaba cómo era posible que en menos de un año me hubiera hecho a ella hasta el punto de resultarme insustituible. Yo, que siempre había sido defensor de las virtudes del pájaro solitario. Pero así era (Silva 2000: 32).

Asimismo, las controversias del caso obligan a menudo a que Vila y Chamorro requieran momentos de evasión y de desconexión, tal y como les sucedía a Petra y a Fermín. Los policías de Giménez Bartlett recurrían con asiduidad a la libación de la comida y la bebida para encontrar ratos de asueto, para poner en común opiniones y teorías, para desahogar sus penas o para aligerar sus preocupaciones. Los personajes de Silva no frecuentan tanto los bares, aunque no son ajenos a los beneficios que en ocasiones estos reportan:

Miré a mi compañera y le dije:

—Vamos a emborracharnos, anda.

Entramos en el bar más cercano y pedimos dos gin-tonics. Cuando nos los sirvieron, alcé mi vaso y le propuse a Chamorro un brindis.

—Por ti, Virginia. Una vez más, no sé qué habría sido de mí, si no te hubiera tenido para ayudarme a salir del atolladero (Silva 2002: 349).

Además, estos hábitos sirven para evidenciar la buena salud de su relación. Igual que proveían a Delicado y a Garzón de tiempos para el acercamiento y la intimación, también lo harán para Vila y Chamorro, aun siendo estos menos habituales.

Sirva la siguiente escena, evocada por Bevilacqua, para resumir la profunda amistad, fraguada novela tras novela, con su compañera Chamorro. Un vínculo fuerte y asentado cuya razón de ser se encuentra en la comprensión, en la confianza, en el cariño y en la lealtad como ingredientes básicos.

Regresé con Chamorro hacia la casa cuartel, caminando sin prisa. La tibia noche estival, que refrescaba a ráfagas la brisa marina, nos cubría como un manto protector. Hacía mucho tiempo que caminábamos juntos, y eran ya muchas las dificultades que juntos habíamos afrontado y vencido. También eran ya unas cuantas las que nos habían vencido a nosotros. Compartimos, durante aquella caminata, un silencio lleno de sobrentendidos (Silva 2014: 286).

#### 4. Conclusiones

A la luz del precedente estudio cabe contrastar, en última instancia, las dos parejas. Las similitudes que aparecen en la construcción de estas como entes protagonistas son abundantes. La primera de ellas, evidente, es el binomio hombre-mujer. Ello va a determinar, a su vez, una serie de rasgos asimismo comunes a ambas producciones novelescas. El hecho de que los dos autores pongan al frente de sus investigaciones a un hombre y a una mujer va a favorecer un continuo contrapunto en el modo de mirar el mundo, de analizar la realidad y de determinar los pensamientos y acciones de los personajes. Tanto Petra Delicado como Virginia Chamorro representan el papel de mujer moderna, independiente y capaz, alejadas de tópicos y clichés. Asimismo, aunque Garzón y Bevilacqua procuren rehuir de esos estereotipos sociales, representarán, en ocasiones y a menudo de modo inconsciente, el ajado rol patriarcal.

Otra gran semejanza se aprecia en la construcción evolutiva de los personajes. Tanto Giménez Bartlett como Silva conciben a la pareja como un ente formado por dos individuos con capacidad de crecimiento y cambio, que a su vez experimentará su propio proceso de desarrollo y evolución. De este modo, ciertas conductas, reflexiones o apreciaciones sobre la vida, la sociedad, la familia, el amor o la amistad aparecerán en ambas series, en boca de los cuatro personajes.

Por último, otro rasgo preponderante asimismo común a los cuatro protagonismos es la firmeza de sus convicciones en tanto que policías y guardias civiles. El honor, la nobleza, el sacrificio, la lucha o la tenacidad abanderan su labor al servicio del bien. Ciertamente es que ninguno se construye como personaje de pretendida perfección, al contrario, pero sí prevalece en todos ellos, a pesar de sus dudas y errores, el valor incuestionable de poner todo su empeño por hacer del mundo un lugar mejor.

En conclusión, la concepción del detective únicamente como individuo queda supeditada a la supremacía de la pareja. Los protagonistas de Giménez Bartlett y de Silva serán ejemplo de la inédita construcción del detective característica de la nueva novela policíaca. Son varios los rasgos distintivos que diferencian a esta reciente corriente de la tradición precursora, pero sin lugar a dudas es la articulación de la acción en torno a dos personajes y no a uno una de las grandes y más relevantes actualizaciones, como ya se ha expuesto. La complementación, el reflejo de las personalidades en contacto permanente con otros personajes, el desarrollo evolutivo de la pareja como ente, y el progresivo proceso de influencia mutua determinará, en gran medida, esta innovadora manera de entender y de leer la novela policíaca.



## Bibliografía

- CAMARASA, P. (2016). *Sangre en los estantes*. Barcelona: Planeta.
- GIMÉNEZ BARTLETT, A. (1996). *Ritos de muerte*. Barcelona: Planeta.
- GIMÉNEZ BARTLETT, A. (1997). *Día de perros*. Barcelona: Planeta.
- GIMÉNEZ BARTLETT, A. (1999). *Mensajeros de la oscuridad*. Barcelona: Planeta.
- GIMÉNEZ BARTLETT, A. (2000). *Muertos de papel*. Barcelona: Planeta.
- GIMÉNEZ BARTLETT, A. (2004). *Un barco cargado de arroz*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- GIMÉNEZ BARTLETT, A. (2007). *Nido vacío*. Barcelona: Planeta.
- GIMÉNEZ BARTLETT, A. (2009). *El silencio de los claustros*. Barcelona: Destino.
- GIMÉNEZ BARTLETT, A. (2013). *Nadie quiere saber*. Barcelona: Destino.
- GIMÉNEZ BARTLETT, A. (2017). *Mi querido asesino en serie*. Barcelona: Planeta.
- GODÓN MARTÍNEZ, N. (2005). “La novela policíaca y Francisco García Pavón: la creación de un investigador manchego”. *Céfiro: enlace hispano cultural y literario* 5 (1-2): 14-27.
- MADARIAGA, S. de (2015). *Guía del lector del Quijote*. Barcelona: Stella Maris.
- MORA, R. (2010). “Lorenzo Silva, negro... y cervantino”. <[https://elpais.com/diario/2010/04/08/cultura/1270677603\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2010/04/08/cultura/1270677603_850215.html)>. (Acceso 7 de noviembre 2018).
- SÁNCHEZ ZAPATERO, M. y MARTÍN ESCRIBÁ, A. (2010). “Teoría e historia de las sagas policíacas en la literatura española contemporánea (1972-2007)”. *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica* (28): 289-305.
- SILVA, L. (1998). *El lejano país de los estanques*. Barcelona: Destino.
- SILVA, L. (2000). *El alquimista impaciente*. Barcelona: Destino.
- SILVA, L. (2002). *La niebla y la doncella*. Barcelona: Destino.
- SILVA, L. (2010). *La estrategia del agua*. Barcelona: Destino.
- SILVA, L. (2014). *Los s excuerpotraños*. Barcelona: Destino.
- SILVA, L. (2016). *Donde los escorpiones*. Barcelona: Planeta.
- SILVA, L. (2018). *Lejos del corazón*. Barcelona: Destino.